ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

POR CESAR DE SER CESANTE

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JUSTO VILA VELASCO



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1898

A mi querido amigo y compañero Luis Loraya, en prueba de afecto,

El autor

POR CESAR DE SER CESANTE

POR CESAR DE SER CESANTE

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JUSTO VILA VELASCO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO MARTIN el día 1.º de Noviembre de 1898



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1898

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

Don Alvaro Figueroa y Torres

Conde de Romanones

En prueba del sincero afecto que le profesa, dedícale este modesto trabajo

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MATILDE.........................	SRA. CALLE.
ROSARIO.........................	SRTA. BERMEJO.
MARTINA.........................	BERTINAS.
RAMÓN.........................	SR. UTRILLA.
JULIÁN.........................	DEL RÍO.
CARLOS.........................	CARPINELL.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda las del espectador

ACTO ÚNICO

Sala elegantemente amueblada.—Puerta al foro y laterales derecha. Primera izquierda balcón; segunda, ropero.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, sentada, rallando pan sobre un plato que tendrá en la falda. JULIAN leyendo un periódico.

JUL. (Leyendo.) «Motín en La Guardia.» ¡Qué gente más levantisca! (Vuelve el periódico.) Veamos otra cosa. (Leyendo.) «Los desórdenes de Morón.» «El escándalo de Ricla.» «La manifestación de Barcelona.» Pues, señor, no se encuentra en la prensa otra cosa que reseñas de alborotos y algaradas. Y á todo esto la Bolsa bajando y los cambios subiendo.

MAT. Más valía que en vez de leer todo eso, repasaras la sección de anuncios, á ver si por casualidad recomienda una cocinera, porque así no podemos continuar.

JUL. Ahora que reparo, estás monísima con tu delantal blanco. Por verte así doy por bien empleado no tener cocinera.

MAT. ¿Sí?... Pues es una gracia, pero una gracia que no puede durar mucho, porque esto de que mi doncella y yo nos pasemos el día en la cocina, no me agrada.

JUL. No creo que tarde en venir otra cocinera; pero, entretanto, os distraeis.

MAT. ¡Bonita distracción! ¿Te parece bien que tu

mujercita se pase horas enteras batiendo huevos, rallando pan y despumando pucheros?

JUL. Ciertamente que no es muy agradable.

MAT. Además, Martina no puede seguir atendiendo á la cocina, porque es mi doncella.

JUL. Pues qué, ¿el ser doncella es obstáculo para rebozar merluza ó freir unas chuletas?...

MAT. No; pero como ella no está acostumbrada á ir á la plaza, ignora dónde venden los mejores comestibles, y todo lo trae malo y caro. Por lo pronto, hoy te quedas sin riñones.

JUL. ¿Por qué?

MAT. Porque Martina no los ha encontrado buenos esta mañana.

JUL. Pues es menester que los busque, porque yo no renuncio á mi plato favorito.

MAT. En ese caso tendrá que volver á buscarlos.

JUL. Y al mismo tiempo, que indague dónde encontrará una cocinera que os sustituya, aunque me hace mucha gracia verte al pié del fogón revolviendo cacerolas.

MAT. Si tuvieras que hacerlo tú, quemándote á cada paso, no dirías eso.

JUL. ¡Já, já! Estaría gracioso un padre de la patria metido á cocinero.

MAT. Después de todo, ¿qué sois los políticos sino unos pasteleros?

JUL. ¡Qué entiendes tú de eso!

MAT. Lo bastante para comprender que la maldita política, que Dios confunda, te tiene todo el día, y la mayor parte de la noche, lejos de mi lado. Si en vez de ocuparte de los asuntos públicos, que maldito lo que te importan, estuvieras constantemente junto á mí, serías muy feliz.

JUL. ¿Acaso no lo soy? (Se levanta y se acerca á Matilde.) Es verdad que el distrito y las sesiones me dan muchos disgustos; pero es lo bastante para resarcirme de ellos encontrarme, al llegar á casa, una mujercita amable y bondadosa, que me quita con sus caricias el mal humor que me producen mis asuntos políticos.

MAT. ¡Zalamero!... ¿Y el tiempo que te roban á mi cariño, te lo devuelven acaso?... ¿Quieres política?... ¿Cuál mejor que la que emplees en agradar á tu esposa?... ¿Administración?... Aquí tienes la de tu casa. ¿Sesiones?... Discute conmigo; yo contestaré á tus preguntas mejor que ningún ministro; y en lugar de promesas, que nunca se cumplen, te daré caricias, que te proporcionarán más alegría que las mejoras que alcances para tu distrito.

JUL. ¿Y los compromisos?

MAT. ¡Malditos compromisos!... Siempre dices lo mismo. ¿Es decir, que no te obliga mi amor más que los compromisos?

JUL. Sí, pero...

MAT. ¿Ni aun los celos?...

JUL. ¿De un ángel como tú he de tener celos?...

MAT. Pues te advierto que no confíes mucho, por que hace días que ronda la calle, mirando á los balcones, cierto individuo...

JUL. Algún guardia municipal. Como no tienen otra cosa que hacer, se entretienen en eso.

MAT. No es guardia, que es un pollo más elegante que tú y más guapo que tú.

JUL. ¡Un pollo!... ¡Já, já!

MAT. Sí, tómalo á chanza. (Levantándose.) Voy á ver qué tal marcha el almuerzo y á decir á Martina que vaya á buscar los riñones. Es un martirio estar sin cocinera. (Vase por el foro.)

ESCENA II

JULIAN, después MARTINA

JUL. ¡Oh, es un ángel!... Y cree que me va á dar celos, cuando tan seguro estoy de su fidelidad... (Se sienta.) La verdad es que soy un mónstruo. Teniendo una esposa como ésta, empleo el tiempo que ella cree destinado á la política en locos devaneos con una mujer, hermosa, sí, pero mujer de mundo... Es un crimen; no tengo perdón. Pero ya no

ha de durar mucho: estoy decidido á romper con ella, y pronto he de hacerlo. (Saca el reloj.) ¡Diablo!... Las diez, y á esa hora prometí á Rosario ir á su casa. Corro á aprovecharme del poco tiempo que he de disfrutar de su amor... (Llamando.) ¡Martina!... ¡Martina!...

MART. (Por el foro.) ¿Qué manda el señor?

JUL. ¿Tienes cepillados mi levita y mi sombrero?...

MART. Sí, señor; en su habitación están.

JUL. Di á la señorita que voy á salir. (Vase derecha.)

ESCENA III

MARTINA

Bien; todo marcha á pedir de boca. Ahora se va el señorito, y en seguida salgo yo á buscar los riñones, dejando aquí á don Carlos. Voy á ver si ha venido. (Mirando por la primera izquierda.) En efecto, ya está en la acera de enfrente. Si supiera la señorita que el no encontrar los riñones ha sido un pretexto para salir y dar ocasión á que le hable don Carlitos, me despedía... Pero, ¡bah!, ella no sabrá nada, y no es cosa de desperdiciar los cinco duros que me ha prometido, que no están los tiempos para ello. Procuraré volver pronto, para que don Carlitos no tenga tiempo de propasarse con la señorita; aunque no lo creo, porque parece medio tonto. (Vase foro.)

ESCENA IV

JULIAN, MATILDE

JUL. (Con impermeable y sombrero de copa.) Ea, ahora á casa de Rosario, á concluir de una vez con estas relaciones que ya me cansan.

MAT. ¿Qué querías? (Por el foro.)

JUL. Despedirme de tí.

MAT. ¿Vas á salir estando lloviendo?...

JUL. Necesariamente; á las diez tenemos reunión los diputados por mi provincia, y no puedo faltar.

MAT. ¡Maldita provincia! ¿Cuándo disolverán las Cortes?

JUL. Te prometo que no tardarán mucho.

MAT. ¡Dios lo quiera!

JUL. (Abrazándola.) Adiós.

MAT. Que no tardes.

JUL. Descuida. (Vase foro.)

ESCENA V

MATILDE, MARTINA

MAT. ¡Qué cara me cuesta la Diputación! Y Julián es un marido como pocos; me quiere con delirio y tiene una confianza ciega en mí. ¡Cómo se ha burlado de lo del pollo!... Ya sabe él que puede estar tranquilo... y, sin embargo, es verdad; el maldito está casi todo el día haciéndome señas desde la acera de enfrente.

MART. (Con mantón y cesta, por el foro.) Señorita. ¿Hace falta alguna cosa más?

MAT. Que no olvide usted buscar una cocinera.

MART. No lo olvidaré.

MAT. Y que vuelva en seguida.

MART. Sí, señorita. (Vase foro. Campanilla.)

MAT. Han llamado. Ojalá sea alguna cocinera que venga á pretender.

MART. (Dentro.) Sí, señor, espere usted. (Apareciendo en el foro.) Señorita, un caballero desea verla.

MAT. Diga usted que pase. (Vase Martina.) ¿Quién será?...

ESCENA VI

MATILDE, CARLOS

CAR. (Entrando por el foro.) A los piés de usted, señorita.

MAT. (Asombrada.) Caballero, este es mucho atrevimiento.

CAR. ¡Ah, señora, por usted soy capaz de todo!

MAT. (¡Y Martina se ha marchado... qué compromiso!) ¿Por qué ha subido usted?

CAR. Porque el fuego de la pasión que arde en mi pecho me ha impulsado hacia aquí como una locomotora.

MAT. Esto es una imprudencia.

CAR. El amor, señora, raras veces es prudente; además, yo necesitaba decirle que adoro á usted como el león al desierto, como el pez...

MAT. Sí, sí, comprendido; pero aquí no puede usted permanecer.

CAR. ¡Cómo no, señora! He pasado días y días en esa acera, aguantando las inclemencias del tiempo, soportando el viento, el agua y el fuego...

MAT. ¿El fuego?

CAR. Sí, señora; el fuego de mi amor... Y dice usted que no puedo estar aquí, donde no hay nada de eso, (Mirando por todas partes.) ni aun fuego.

MAT. ¿No dice que el de su amor?...

CAR. Ahora me refería al de la estufa, que necesito para secar mis vestidos, porque la maldita lluvia me ha puesto como una sopa.

MAT. Estamos gastando un tiempo precioso, y ya he dicho á usted que no está bien en esta casa.

CAR. Al contrario, me encuentro perfectamente.

MAT. Es que estoy sola.

CAR. Mejor que mejor.

MAT. ¡Caballero!

CAR. Así nos evitamos testigos importunos.

MAT. Señor mío, ruego á usted nuevamente que se vaya.

CAR. ¿Con este temporal?

MAT. Puede venir mi esposo.

CAR. ¡Su esposo!...

MAT. Sí, señor, porque debe usted saber que soy casada.

CAR. Debí haberlo sospechado. Pero, permítame usted que me quite el gabán; está calado, y esta humedad va á causarme un reuma.

MAT. ¿Va usted á desabrigarse?

CAR. Naturalmente; estoy chorreando. (Tratando de quitarse el gabán.)

MAT. Vea usted que su permanencia aquí me compromete. Puede llegar mi esposo, y tendríamos un disgusto.

CAR. (Que no ha cesado de hacer esfuerzos por sacar la manga del gabán sin conseguirlo.) Son mi delicia los disgustos con los maridos.

MAT. Le advierto que es un gran tirador.

CAR. ¡Lástima que no esté aquí!

MAT. ¿Para qué?

CAR. Puesto que es un gran tirador, para que tire de esta manga.

MAT. El agua le ha estrechado, y es inútil que intente sacarle.

CAR. (Desistiendo de quitarse el gabán.) Quedo, pues, condenado á remojo perpétuo.

MAT. Así se le apagará el fuego.

CAR. ¡Ah, señora, el fuego que en mí arde no lo apagarían todas las bombas del Ayuntamiento!

MAT. Caballero, por piedad, váyase usted. Estoy en ascuas.

CAR. Y yo en hielo; porque el frío va congelando el agua que me empapa, y me voy á quedar como un carámbano.

MAT. He dicho á usted que se aleje y debe hacerlo inmediatamente. (Campanilla.) ¡Mi esposo!...

CAR. ¡Diablo! Me pescó. ¿Dónde me meto?

MAT. ¡Lo ve usted, qué compromiso! Como le vea le mata.

CAR. ¡Caracoles!... Pues escóndame usted.

MAT. Ocúltese en ese ropero, (Segunda izquierda.) y en cuanto pueda váyase para no volver más; ¿lo entiende usted? (Campanilla.)

CAR. Y trae prisa.

MAT. Ande ligero, que se impacienta.

CAR. (Entrando por la segunda izquierda.) Como de esta escape...

MAT. Si llegara á sospechar algo... (Sale foro).

ESCENA VII

MATILDE, RAMÓN

MAT. (Dentro.) Sí, señor; pero no está en casa.

RAM. (Idem.) Es lo mismo. (Entrando.) Con su permiso, le esperaré.

MAT. (Si este hombre se queda aquí, me va á buscar un disgusto.) Vea usted que puede tardar mucho.

RAM. No importa; necesito verle hoy mismo, y de no esperarle aquí, le esperaría en la calle, lo cual no es agradable con estas lluvias.

MAT. Por mi parte puede hacer lo que guste; pero como ha de tardar, se lo advertía para que no desatendiera sus ocupaciones.

RAM. ¡Ah, señora, hace diecisiete años que no tengo otra ocupación que esperar!

MAT. Pues ya se sentirá usted cansado...

RAM. Mucho, señora; me siento (Sentándose.) muy cansado.

MAT. Parece mentira que se haya usted atrevido á salir de casa, teniendo que aguantar el temporal.

RAM. Ya estoy acostumbrado. Figúrese si en diecisiete años que llevo cesante habré aguantado temporales.

MAT. ¡Ah! ¿Es usted cesante?

RAM. Sí, señora, desde la Restauración. Yo era empleado en Fomento con seis mil reales, y entonces vivía feliz con mi familia; el año setenta y cuatro vino la Restauración y subió al poder mi partido; creí, al saberlo, volverme loco de alegría, porque pensé ascender.

MAT. ¿Y le ascendieron?

RAM. Al contrario; me dejaron cesante.

MAT. ¿Y fué su partido?

RAM. El partido fuí yo, porque aquel golpe me dividió por el eje.

MAT. Sería una gracia del ministro para alguno de sus amigos.

RAM. Pues fué una gracia que maldita la que me hizo á mí.

MAT. ¿Y cómo en tanto tiempo no ha entrado usted en alguna parte?

RAM. Yo mismo me admiro de no haber entrado en San Bernardino.

MAT. Los suyos debieron colocarle. Todo político tiene obligación de atender á sus correligionarios.

RAM. Eso digo yo. Si un partido no coloca á los suyos, ¿para qué quiere el gobierno?... Y en todo tengo la misma suerte; hace poco supe que en una gran fábrica necesitaban un corredor de géneros... Fuí á ella...

MAT. ¿Y no alcanzó usted la plaza?

RAM. No, señora; los corredores corren mucho, y otro había llegado antes. Ahora sé que van á nombrar unos inspectores de Hacienda...

MAT. ¡Bah, eso es música! ¿Usted lo sabe bien?

RAM. ¿La música? Ni jota.

MAT. No, lo de los nombramientos esos.

RAM. ¡Ah, sí, señora! Me lo ha dicho un agente ejecutivo de apremios.

MAT. (¡Diablo! Este hombre no se va, y si Julián viene...) Pero está usted perdiendo un tiempo precioso. Mi esposo acaso no venga.

RAM. Yo no me canso; y en cuanto al tiempo, es lo único que puedo perder.

MAT. (Si pudiera echar á éste para que saliera el otro...) Pienso que lo mejor que puede usted hacer es volver mañana. Yo diré á mi esposo que desea usted verle, y le esperará.

RAM. El asunto que me trae no puedo demorarlo; es para mí cuestión de vida ó muerte, porque estoy con el agua al cuello.

MAT. Ya veo que está usted empapado por la lluvia.

RAM. No me refiero á eso, sino á mi situación, que se ha hecho insostenible; las trampas me ahogan, y no puedo más, porque, señora, tengo más ingleses que el Peñón de Gibraltar.

MAT. ¡Ah, vamos!... desea usted...

RAM. Pedir á su esposo...

MAT. ¿Cinco duros?

RAM. Más, mucho más que eso.

MAT. (Admirada.) ¿Más de cinco duros?

RAM. No es dinero, sino un empleo; porque como no como hace tiempo, deseo comer.

MAT. Comprendo. Quiere usted aprovechar la influencia de mi marido para...

RAM. Eso es, para eso. Ahora me ha comprendido usted.

MAT. (¡Qué idea! Si éste aceptara lo que le propongo, lograría... Es un plan magnífico. Veamos.) Pues bien, caballero, cuente usted con un empleo y una buena gratificación si desempeña con acierto una comisión que voy á darle.

RAM. Con el alma y la vida.

MAT. ¿Hará usted cuanto yo le mande?

RAM. A ojos cerrados. Por cesar de ser cesante, haría una barbaridad.

MAT. Pues bien, es preciso que sea usted mi marido.

RAM. ¿Yo?... ¡Demonio!

MAT. Sí, usted.

RAM. Pero si usted y yo somos casados.

MAT. ¿Eso qué importa?

RAM. ¿Quiere usted que cometamos el delito de bigamia?

MAT. No, porque no se trata de que lo sea, sino de que lo parezca.

RAM. (¿Qué pretenderá?) Bueno, seré su marido.

MAT. Además debe usted ser mi amante.

RAM. ¡Caracoles!

MAT. Mi amante para mi esposo, y mi marido para otra persona que verá aquí; lo cual debe usted decir á ambos, por supuesto.

RAM. ¿Pero, señora, no comprende usted que si le digo á su esposo que soy su amante me va á pegar?

MAT. Pues ese es el único medio que hay para que mi marido le emplee.

RAM. ¡Qué rareza! Es un marido extraordinario.

MAT. Escuche mis instrucciones: á un caballero que verá aquí cuando yo le avise, le dirá usted que es mi esposo, le tratará con rudeza

y se pondrá furioso al verle, intentando pegarle y procurando hacerle marchar asustado.

RAM. ¿Y si él me pega á mí?

MAT. Esté usted tranquilo sobre ese punto.

RAM. Es que en estos casos el marido es el que suele salir perdiendo, y como yo hago el papel de marido...

MAT. No tema usted... Cuando vea á mi esposo, le diré, como ignorando quien es, y en tono confidencial, que es usted mi amante; él, es claro, se incomodará, y...

RAM. Me tirará por el balcón.

MAT. Al contrario; le empleará á usted en Hacienda.

RAM. (Cada vez lo entiendo menos.) En fin, señora, eso es algo peligroso, pero si no hay otro remedio...

MAT. Ninguno. A más del empleo recibirá usted una buena gratificación, que yo le daré, por su doble papel de marido y amante. ¡A ver cómo se porta usted!...

RAM. No quedará usted quejosa.

MAT. Ahora, con su permiso, voy á examinar la comida: me he quedado sin cocinera y tengo que guisar yo, hasta encontrar otra.

RAM. Si quiere usted, yo supliré la falta.

MAT. Muchas gracias; son muchos diez y siete años de cesantía para cocinero. (Vase foro.)

RAM. Me ha conocido. ¿Y qué diablos pretenderá la buena señora?... (Se acerca al balcón.) ¿Seguirá lloviendo? (Queda oculto en el hueco del balcón de modo que no le ve Carlos al salir.)

ESCENA VIII

RAMÓN y CARLOS

CAR. (Abre el ropero, examina la escena y sale, volviendo á cerrar.) No hay nadie; esta es la ocasión; ahora me marcho y no vuelve á verme en su vida.

RAM. (Apareciendo en escena.) ¡Pues ya escampa!

CAR. (Al ver á Ramón.) (¡El marido!)

RAM. (Al ver á Carlos.) (¡El marido! Llegó el momento.)

CAR. (¿Qué le diré?)

RAM. (Ahora me estrangula.)

CAR. (Pues no se pone muy furioso.)

RAM. (No sé cómo empezar.) (Dirigiéndose á Carlos.) Caballero...

CAR. (Idem á Ramón.) Caballero...

RAM. No creía encontrar á usted aquí.

CAR. Ni yo tampoco.

RAM. (¿Cómo le haré la confidencia?) Pero, tome usted asiento.

CAR. (¡Qué amabilidad!) (Se sientan.)

RAM. (Haré que lo ignoro todo.) Usted conocerá... á... á la señora?

CAR. (No sabe nada; disimulemos.) Sí, sí señor, de vista.

RAM. (Pretende engañarme.) ¿Y qué le parece á usted?

CAR. Bien, muy bien.

RAM. Hermosa, ¿eh?

CAR. Sí, señor, bastante hermosa. (Cómo acabará esto?)

RAM. (Me va á reventar.) A mí me gusta mucho.

CAR. Ya me lo supongo.

RAM. Y la quiero entrañablemente. (Ahora me mata.)

CAR. Sí, ¿eh?

RAM. Y ella delira por mí.

CAR. Lo celebro tanto.

RAM. (¡Y se queda tan tranquilo!)

CAR. (¿A dónde irá á parar?)

RAM. Pero no diga usted nada, porque es un secreto.

CAR. (¡Diablo!) ¿Ah, conque es un secreto?

RAM. Que debe quedar sepultado entre los dos.

CAR. Por mí no lo sabrá nadie.

RAM. Porque debe usted saber que somos casados.

CAR. Sí, ya lo sé.

RAM. Y si supieran que nos amamos...

CAR. (¿Será moda que no se quieran los matrimonios?...)

RAM. ¿A usted qué le parece todo eso?

CAR. A mí muy bien.

RAM. (¡Qué hombre tan extraordinario!) ¿Luego está usted conforme con nuestro amor?

CAR. ¿Por qué no?

RAM. (¡Horror!) ¿No se opone usted?

CAR. (¡Este hombre está loco!) Si usted la ama y ella le quiere, ¿por qué he de oponerme?

RAM. (Este hombre no tiene vergüenza.) Parece mentira que esté usted tan fresco.

CAR. Mucho; la maldita lluvia...

RAM. No me refiero á eso, sino á su pacífica actitud después de escucharme, porque ha de saber usted que estoy enterado de todo. (Levantándose.)

CAR. (Ya pareció aquello. Sabe lo de la esquina.) Bueno... pero... (Se levanta confuso y atemorizado.)

RAM. No debía usted escucharme con tanta serenidad.

CAR. ¿Y qué vóy á hacer?

RAM. Lo que haría cualquiera en su lugar: enfurecerse.

CAR. (¿Si querrá que le pegue?..) Pero, ¿por qué?

RAM. ¿Aun no me ha entendido usted?

CAR. Yo... no... digo, sí... (¿Pero qué querrá este hombre que haga yo?)

RAM. (¡Y tiembla!... ahora me la echo de valiente.) Sé lo que media entre usted y esa señora, á quien puedo con más razón que usted llamar mía.

CAR. (Aquí fué troya.) Sí, señor; suya y muy suya.

ESCENA IX

DICHOS y MATILDE

MAT. (Oculta por el portier de la primera derecha.) (Está con ese estúpido; veamos qué hace...)

RAM. Mía y muy mía.

CAR. ¿Y quién lo duda?

RAM. Usted, que pretende un derecho que moral-

mente me pertenece... Usted, que es un vil, un canalla... un...

CAR. (Este me pega.) Yo... caballero...

MAT. (¡Bravo! ¡Le acoquina! Representa su papel á las mil maravillas.)

CAR. Pero, caballero... yo supongo... usted ignora...

RAM. No ignoro nada.

CAR. Escuche usted, y...

RAM. No tengo nada que escuchar. (Si pudiera sacarle la credencial por miedo...)

CAR. Pero, al menos, reflexione...

RAM. No tengo nada que reflexionar; es decir, digo... diré... (No sé lo que me digo.)

MAT. (Esta es la ocasión.) (*Sale.*) No, señor; no tiene nada que decir á usted, porque le ha dicho demasiado. Basta ya de palabras. Ha llegado el momento de las obras.

CAR. (¡A que le aconseja que me pegue!...)

RAM. Eso; ha llegado el momento de las obras.

MAT. Usted debe marcharse al momento de aquí.

RAM. (¡Anda, y le echa! Este marido es un Juan Lanas.)

MAT. (*Con mucho imperio.*) ¿No me ha oído usted?... Márchese, pero en seguida.

RAM. (*Aparte á Matilde.*) (¿Sin darme la credencial?)

MAT. (*Idem á Ramón.*) (Cállese usted, hombre.)

RAM. (*Idem á Matilde, en tono suplicante.*) (No le eche usted, señora.)

CAR. Sí, sí, al momento...

RAM. (Pero, señora...)

MAT. (Déjeme usted.)

RAM. (¿Y mi credencial?)

MAT. (Ya vendrá, hombre, ya vendrá.) (*A Carlos.*) ¿Peró aún está usted ahí?

CAR. No... digo, sí; pero ya me voy; he olvidado la puerta.

MAT. (*Señalando al foro.*) Aquella. (*Campanilla.*) ¡Adiós, el otro! No salga usted, por Dios; alguien viene, y es preciso que no le vean. Escóndase usted aquí. (*Segunda izquierda. Entra Carlos.*)

RAM. (Y le encierra...)

MAT. (*A Ramón.*) Y usted ahí. (*Segunda derecha.*) En esa habitación. Ya le avisaré cuándo ha de continuar su papel.

RAM. Pero, ¿y la credencial?

MAT. Cuente usted con ella. (Sale por el foro.)

RAM. (Ese que viene será el amante, y como deseará acabar con él, quiere que me finja su esposo, porque el verdadero no tiene genio; no hay duda alguna; ya he adivinado sus ideas...) (Entra segunda derecha.)

ESCENA X

MATILDE, JULIAN

MAT. Pronto has dado la vuelta. ¿Ha terminado ya la reunión de padres de la patria?

JUL. No. Pero he preferido venir á tu lado; además, el pollo me tiene intranquilo. ¡Já, já, já!

MAT. (Fingiré que me turbo, para que sospeche.) ¿El pollo?...

JUL. Sí, mujer, el pollo. ¿Ya no te acuerdas? Pues yo sí. ¡Já, já, já!

MAT. (Ríete, que ya te darán las risas. Voy á avisar al otro, para que represente la segunda parte de la comedia.) Perdóname un momento, voy á la cocina.

JUL. No te entretengas, que quiero tenerte á mi lado, y además, pudiera sospechar, si tardases, que el pollo está en casa. ¡Já, já, já!

MAT. Ya estás tú seguro de que no. ¡Ah! No entres al gabinete.

JUL. ¿Por qué?

MAT. Porque está abierto el balcón para que se ventile, y pudieras resfriarte. (Vase.)

JUL. ¡Qué buena es! (Se sienta.) Mentira me parece que por una mujer como Rosario esté horas y horas lejos de ella. Pero esto acabará; estoy decidido. Celebro no haberla encontrado en casa, si bien es verdad que en su lugar he hallado esta carta, breve, pero expresiva. (Saca una carta y lee.) «Adorado Julián: vuelve á las doce, y tráeme mil pesetas, que me son indispensables. Te espera, muerta de amor y de impaciencia, tu *Rosario*.» Nada, decididamente rompo con ella, si no va á ser mi ruina.

ESCENA XI

JULIAN, RAMON

RAM. (Sale sin que le vea Julián.) (¿Qué lío será éste y quién será este hombre? En fin, lo esencial es pescar la credencial. Adoptaré aire de esposo ofendido.) (Se dirige á Julián.) ¡Caballero!

JUL. (Sorprendido.) (¿Quién será este tipo?)

RAM. ¿Quiere usted decirme qué es lo que hace en este sitio?

JUL. ¡Caracoles! (Levantándose.) (¿Estará este hombre loco?)

RAM. Necesito que inmediatamente me dé usted una explicación.

JUL. El que necesita una explicación soy yo.

RAM. ¿Se atreverá usted aún?

JUL. ¡Pues no me he de atrever!

RAM. Usted, por lo visto, ignora quién soy yo.

JUL. El que ignora quién soy yo es usted, y se lo diré muy pronto.

RAM. Lo sé demasiado.

JUL. Pues entonces no me explico...

RAM. El que no se explica soy yo...

JUL. ¿Pero usted quién es?

RAM. Mi furor, mi actitud y mi presencia aquí debían habérselo dicho á usted todo.

JUL. Pues no me han dicho más sino que es usted un imbécil.

RAM. ¡Caballero!

JUL. Acabemos...

RAM. Eso deseo yo, acabar.

JUL. ¿Quién es usted?

RAM. El esposo ofendido, el dueño de la casa.

JUL. ¡El dueño de la casa! Pues más parece usted un hambriento.

RAM. (Este me ha conocido.)

JUL. ¿Conque el esposo ofendido?

RAM. Sí, señor, ofendido.

JUL. ¿Por quién?

RAM. Por un infame seductor. Por usted.

JUL. ¿Por mí? ¿Usted está loco?

RAM. No, señor, no estoy loco, á menos que me haya trastornado la cabeza el coraje.

JUL. Sospecho que se trata de una broma, pero se va haciendo demasiado pesada, y es preciso que cese de una vez.

RAM. Hombre, haga usted el favor de no hablarme de ceses.

JUL. ¿Por qué?

RAM. Porque estoy cesante desde el año setenta y cuatro y no quiero recordarlo.

JUL. Debí haberlo sospechado; ¡pero sepamos á qué viene todo eso!

RAM. (¡Demonio; había olvidado mi papel.) Ya lo he dicho; usted me ha ofendido atentando contra el honor de mi señora.

JUL. Pero, señor mío, yo no he atentado contra el honor de su señora, ni de nadie.

RAM. Entonces, ¿qué significa la presencia de usted en esta casa?

JUL. Me admira su pregunta.

RAM. Pues yo mismo le contestaré; usted ha venido aquí á hacer el amor á mi esposa, lo cual, como comprenderá, no estoy dispuesto á tolerar.

JUL. Pero, ¿quién es su esposa?

RAM. La mujer que usted persigue; la dueña de esta casa.

JUL. ¡De esta casa! (Está loco de remate.)

RAM. Sí, señor, sí; demasiado lo sabe usted.

JUL. Pues bien, señor mío, si usted es el esposo de la señora que habita aquí, ¿quién soy yo?

RAM. Usted sabrá.

JUL. ¡Cómo que yo sabré! El dueño de esta casa, el marido de la señora que aquí habita soy yo.

RAM. ¡Usted! (Metí la patita. Adiós credencial.)

JUL. Sí, señor, yo; por lo cual deseo que me explique usted al momento esta farsa.

RAM. ¡Yo!...

JUL. En seguida. (*Sacando una pistola y apuntándole.*) O de lo contrario...

RAM. ¡Haga usted el favor de guardar eso!

JUL. Confiese usted.

RAM. Es un secreto.

JUL. (Apuntándolo.) Confiese.

RAM. Bueno, confesaré, y hasta comulgaré, si es preciso.

JUL. Veamos.

RAM. Yo soy Ramón Berruguete, cesante desde el año setenta y cuatro, que deseando una plaza de Inspector de Hacienda, acudí á su magnanimidad...

JUL. Bien, pero para solicitar un destino no creo que sea necesario representar una farsa indigna, como lo acaba usted de hacer.

RAM. Diré á usted; su señora, que fué quien me recibió, me dijo que si quería el empleo, tenía que fingirme amante de ella...

JUL. ¡Hola! Quería darme celos. (Bueno es saberlo.)

RAM. Y me encargó también que me fingiera su esposo para el otro.

JUL. ¡Para el otro! ¿Qué otro es ese?

RAM. Un caballero que había aquí antes; yo sin duda troqué los papeles, y hé aquí que para el otro me fingí amante y para usted esposo.

JUL. Pero ese otro...

RAM. Por ahí anda.

JUL. Voy en su busca, y como lo encuentre, arde la casa (Campanilla.) Llaman; voy á abrir, usted procure que no salga nadie. (Sale.)

RAM. ¿Qué belén será este? Por el pronto salgo mejor de lo que pensaba, porque tengo todos los huesos sanos.

JUL. (Entrando.) (¡Diablo, ella!) Caballero, va usted á prestarme un servicio de los mayores.

RAM. ¿Eh?

JUL. Salga usted á abrir, y á la señora que llega, le dice usted que me he ido fuera, al infierno; que no vuelvo, y que se olvide de mí. ¡Ah! procure evitar que le oiga mi señora...

RAM. ¡Otro lío! Que ya estoy cansado de tanto lío. (Campanilla.)

JUL. Si no, no hay credencial.

RAM. En ese caso, allá voy. (Campanilla.)

JUL. Corra usted, que va á echar la campanilla al suelo.

RAM. Voy, voy. (Sale.)
JUL. ¡Dios quiera que escape bien de esta. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XII

ROSARIO y RAMÓN

RAM. Aseguro á usted que no está.
ROS. La portera acaba de decirme que le ha visto subir, y no me convence usted.
RAM. Pues muy mal visto, digo muy mal dicho.
ROS. Basta ya de engaños; vengo decidida á verle y no me marcharé hasta lograrlo.
RAM. ¿Pero qué interés tiene usted en ello?
ROS. Julián me ha dado una palabra y vengo á obligarle á que la cumpla.
RAM. Hable usted más bajo, que lo va á oir la señora.
ROS. ¿La de usted?
RAM. No, la suya.
ROS. ¡La mía! ¿Me ha tomado usted por la criada?
RAM. La de Julián.
ROS. Pues eso quiero, que me oiga; así castigaré su informalidad.
RAM. ¿Y qué saca usted con dar un escándalo?
ROS. Vengarme y obligarle á que me dé lo prometido.
RAM. Lo segundo va á ser difícil.
ROS. ¿Por qué?
RAM. Porque se ha ido, encargándome le dijera á usted que habíamos terminado, digo, que habían ustedes terminado por completo.
ROS. Eso quiere él; pero no será sin que me entregue lo que le he pedido, so pena de que se lo cuente todo á su señora y le cueste un disgusto.
RAM. ¿Y qué va usted á adelantar?... Lo mejor es que espere usted á que regrese de su viaje.
ROS. ¿De su viaje?
RAM. Naturalmente.
ROS. ¿Y dónde ha ido?

RAM. A... Marruecos, con una misión importantísima del gobierno.

ROS. ¿Del gobierno?

RAM. Sí, señora, ha ido... á... comprar micos para la Historia Natural.

ROS. Para mico el que él pretende darme; pero no se saldrá con la suya.

RAM. Obre usted como guste, pero, entretanto, haga usted el favor de marcharse.

ROS. No, señor, no me marcho. Le esperaré.

RAM. ¿Hasta que regrese?

ROS. Sí, señor.

RAM. Pues se va usted á cansar; pero mejor le podía esperar en la calle y no aquí, donde puede llegar su esposa.

ROS. ¿Quiere usted que me vaya?

RAM. Eso sólo es lo que deseo.

ROS. Pues lo haré en seguida si me entrega usted las mil pesetas que le he pedido.

RAM. ¡Mil pesetas!

ROS. Sí, señor, una friolera.

RAM. (¡Vaya unas frioleras que usa esta señora!) ¿Pero usted me cree á mí capaz de tener mil pesetas?

ROS. Se las pide usted á él.

RAM. ¡A él! ¿Quiere usted que me ponga ahora en camino de Marruecos? Con el calor que hará por allí.

CAR. (Asomando la cabeza.) ¿Podré salir? Diablo, Rosario. (Cierra de golpe.)

ROS. Allí hay alguien.

RAM. ¿Dónde?

ROS. Allí. (Segunda izquierda.)

RAM. No, no hay nadie; estoy seguro.

ROS. ¿Que no? Voy á verlo.

RAM. (Queriendo sujetarla.) ¡Pero, señora!...

ROS. (Abre.) ¿Lo ve usted? ¡Calla, Carlitos! ¡El que estaba en Alemania! Sal, pillo, sal aquí.

RAM. (Otro que había ido á comprar micos.)

ROS. Trapalón, granuja, infiel...

RAM. (Lo va á poner como nuevo.)

ESCENA XIII

DICHOS y CARLOS; luego JULIAN

CAR. Ya te explicaré...
ROS. No quiero explicación ninguna, sino una reparación, y una reparación en toda regla.
CAR. (Ahora sale el marido y me va á reventar.)
ROS. Supongo que estarás decidido...
CAR. A todo, pero habla más bajo.
ROS. ¿También tú temes que me oiga la señora?
CAR. No, al que temo es al señor.
JUL. (Saliendo.) Ya pareció el otro.
ROS. ¡El de Marruecos!
JUL. Caballero, todo lo he visto, y necesito que me explique su presencia aquí. ¿Qué hacía usted en ese ropero?
CAR. Yo... estaba...
RAM. Dándose un paseo.
JUL. Y en cuanto á usted, señora, ¿no sé por qué ha venido á una casa que mancha con su presencia?
ROS. ¿Me insultas? Pues te pesará.

ESCENA XIV

DICHOS y MATILDE

MAT. ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre aquí?
ROS. (Aparte á Julián.) (Ahora se lo cuento.)
JUL. (Aparte á Rosario.) (Toma las mil pesetas y cállate.) (A Matilde.) ¿Quieres decirme qué hacía ese caballero en el ropero?
MAT. Sí; pero después que tú me hayas dicho qué hace esa señora en mi casa.
RAM. Vino en busca de su esposo, que es el señor. (Señalando á Carlos.)
MAT. ¿Puedo creerlo?

RAM. Palabra de cesante.

MAT. Pues bien, Julián, este es el pollo de quien tanto te has burlado, el cual me hacía el oso, y á quien acabamos de dar una lección.

RAM. (Con petulancia.) Gracias á mí.

JUL. ¿Conque te hacía el oso? Tentaciones me dan de arrojarle á puntapiés.

ROS. No es menester, porque los dos nos marchamos ahora mismo.

JUL. No sin recibir su merecido.

CAR. (Asustado.) ¡Caracoles!

MAT. Déjale; ya va bien castigado.

JUL. Tienes razón. Salgan ustedes, y espero que ni uno ni otro vuelvan á parecer por esta casa.

CAR. Le damos nuestra palabra.

ROS. ¡Adiós, y cuidado con los micos! (Vase del brazo de Carlos.)

ESCENA ÚLTIMA

MATILDE, RAMON y JULIAN

JUL. ¿Es decir, esposa mía, que pretendiste darme celos?

MAT. Lo que pretendí fué darte una lección, para que no fueras tan confiado y comprendieras el peligro que corrías con tus reuniones políticas.

JUL. Yo te prometo que la de hoy será la última.

MAT. Y para eso, y para asustar á ese espantajo, me serví de este infeliz, que creo ha ganado bien el destino que te pide.

JUL. Sin duda.

RAM. De modo...

JUL. Que hoy mismo tendrá usted la credencial.

RAM. Al fin voy á *cesar de ser cesante.*

JUL. Y ahora, sin pollos que ronden las esquinas, ni reuniones políticas, seremos muy felices, ¿verdad?

MAT. No, aún nos falta otra cosa.

RAM. De eso yo me encargo, porque como he estado tantos años pidiendo, soy ya profesor en la materia.
(Al público.)

Público amable y benévolo:
veré mi dicha colmada
si al *cesar de ser cesante*
me otorgas una palmada. (Telón.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administracion

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.